

## VII

Aniversario del 5 de Mayo.—Los republicanos celebran su victoria sobre los franceses.  
—Reflexiones sobre el combate del 5 de Mayo de 1862 ante Puebla.—Un asalto mas de los republicanos.—Nuevos medios empleados por los sitiadores para tomar la plaza.—Fuegos de artillería.—Accidentes.—Dos mujeres.—Peligros corridos por el Emperador.

El 5 de Mayo, como nos lo esperábamos, los sitiadores celebraron el aniversario de su triunfo de Puebla sobre el pequeño cuerpo expedicionario francés mandado por el general Lorencez. Los artilleros republicanos hicieron una salva cuyos efectos los resistieron las casas de la ciudad. Todo el día sonaron las músicas y los clarines en el campo enemigo. Oíamos sus *vivas* y sus gritos de *mueran los traidores*. Sus tiradores, que habian avanzado hasta muy cerca del Cementerio, nos lanzaban mil vociferaciones y nos profetizaban un asalto próximo, seguido de una ejecucion en masa. Desdeñábamos contestarles. Sin embargo, algunos soldados del batallon del Emperador les enviaban buenas réplicas, toleradas por los oficiales, cuando llegó su comandante y los hizo callar, diciendo que todos aquellos gritos y todas esas fanfarronadas estaban buenos para los guardias cívicos y los guerrilleros.

En todo el día no hablamos de otra cosa que del combate del 5 de Mayo de 1862 frente á Puebla.

Los mexicanos en general, y los republicanos en particular, manifiestan cierta exaltacion cuando hablan del único triunfo importante que obtuvieron sobre los franceses.

Estos últimos echan la culpa de su desastre á los informes incompletos que les habia dado el general Almonte, y hablan con desden de su pretendida derrota. Como de costumbre, ni unos ni otros quieren convenir en la verdad, ó exageran la importancia de los resultados.

Siempre que se presentaba la ocasion de hablar del 5 de Mayo, mi calidad de frances hacia muy difícil mi posición, á pesar de mi completa imparcialidad. Singular combate, en efecto, el que tuvo lugar frente á Puebla el 5 de Mayo de 1862; tal vez durante todo el curso de la expedicion, nunca mostraron las tropas francesas tanto valor como aquel día. Sin embargo, sus esfuerzos fueron estériles. Se hizo necesaria la retirada; el general Lorencez la efectuó de una manera admirable. Esta retirada obligó á la Intervencion á tomar un nuevo aspecto.

¿A quién se debe culpar de esta desgracia?

A nadie, ni aun al general Lorencez, que cumplió con su deber. El origen de esta desgracia está en nuestra imperdonable presuncion, en nuestras medidas mas que impolíticas.

Se llegó frente á Puebla creyendo que no habria mas que presentarse y subir al asalto. El general Lorencez descuidó, y tal vez ménos que cualquiera otro jefe francés lo habria hecho, tomar las precauciones necesarias. Se intentó el asalto y no tuvo buen éxito. Nuestras pérdidas fueron crueles. En cuanto á la conducta de las tropas francesas, no tengo necesidad de decir cuál fué. Los juaristas, mas imparciales que nosotros mismos, les han hecho justicia. Habian subido al asalto de Guadalupe y de Loreto, con la creencia generalmente extendida de que los liberales no los aguardarian. Pero estos habian concentrado en aquellos dos fuertes, tropas mandadas por el valiente general Negrete, antiguo oficial superior del ejército de línea. Los juaristas estaban débilmente organizados; sin embargo, entre ellos habia gran número de jóvenes exal-

tados y de soldados de experiencia, en cuyo ánimo se habían desfigurado las intenciones de la Francia, y que creían combatir por la independencia de su país. Se defendieron valientemente, protegidos, por otra parte, por una posición muy fuerte. Nuestros soldados vieron con una especie de asombro, que las balas de los republicanos mataban á los que tocaban, y que las balas de cañón disparadas por los fuertes de Guadalupe y de Loreto pulverizaban á los que alcanzaban hasta en medio del estado mayor del general Lorencez. Los zuavos y los cazadores de á pié pagaron muy caro la presunción de gefes, valientes sin duda, pero ignorantes de las cosas del país en que operaban.

El mundo se sorprendió de ver á los franceses fracasar en alguna parte. En los Estados-Unidos y en ciertos otros países se creyó ver á la Francia humillada en su orgullo militar, y esto fué un motivo de júbilo. En Francia el estupor fué general. Efectivamente, no se habían visto tropas nacionales realmente vencidas desde Waterloo.

Se hicieron preparativos para vengar el desastre de Puebla yendo á México, como se había vengado el de Pei-Ho en China yendo á Pekin.

El desastre del 5 de Mayo fué, pues, la causa del envío del mariscal Forey con refuerzos que se elevaban á treinta mil hombres.

Sin el 5 de Mayo, tal vez habría podido haber un arreglo entre Juárez y el gobierno francés. Pero después de aquel desgraciado combate, era imposible. El mariscal Forey tomó á Puebla, y Juárez tuvo que evacuar México, adonde no volvió hasta después de cinco años.

En México causó asombro aquella victoria inesperada. Juárez supo sacar de ella un inmenso partido. Le sirvió para liasonjear con buen éxito el orgullo nacional, y para atraer á los

indecisos, y ganó todo un año para fortificar á Puebla y formar el ejército que defendió dignamente aquella plaza.

El aniversario del 5 de Mayo se celebra con entusiasmo por los republicanos. Estos saben perfectamente que deben su victoria tanto á la casualidad como á ellos mismos; pero no quieren convenir en ello, así como los franceses no quieren admitir su presunción. Al general en jefe de los republicanos, Zaragoza, que murió de fiebre algunos meses más tarde, correspondió, según sus términos pomposos, el honor de la victoria sobre los vencedores de Sebastopol, de Magenta y de Solferino, aunque, sin embargo, no haya un hombre imparcial que no declare que toda la ventaja del combate fué debida al general Negrete, que mandaba las fuerzas encerradas en el fuerte de Guadalupe, adonde tuvo lugar la principal resistencia.

En Querétaro, el aniversario del 5 de Mayo fué celebrado por los sitiadores con muchos gritos, libaciones y otras demostraciones de entusiasmo de partido. Todo el día esperamos en vano un ataque general.

Pero, como á las ocho de la noche, estalló un fuego violento sobre nuestra línea del Norte. Era el enemigo que intentaba de nuevo un asalto.

Desde mi puesto, en el jardín de la Cruz, dominaba, así como otros muchos, aquel combate nocturno. Centenares de rayos partían de nuestras líneas y de las baterías enemigas. Por todas partes se elevaban en el espacio cohetes de todos colores, señales misteriosas que podían encerrar nuestra pérdida. Creíamos advertir con angustia que el fuego de los nuestros se replegaba hácia el interior de la ciudad, mientras que se acercaba el de nuestros adversarios. Temíamos que á favor de un ímpetu furioso, los republicanos, excitados por la embriaguez y por el entusiasmo, lograsen entrar por aquel lado.

No sucedió así por fortuna; tampoco esta vez lograron su objeto. A las diez de la noche había cesado el fuego.

A partir del 5 de Mayo, los sitiadores, comprendiendo que no podían tomar la plaza á viva fuerza y conociendo nuestra desastrosa situación, renunciaron á intentar nuevos ataques. Se contentaron con estrechar todavía mas el sitio, calculando que nos cogerían por hambre si alguna vigorosa salida no nos permitía evacuar Querétaro. Para prevenir este último caso, Escobedo estableció un telégrafo que puso á su cuartel general en comunicación con todos los puntos de sus líneas. Este telégrafo le advertía de nuestros menores movimientos.

Los republicanos nos inquietaron también con un fuego poco nutrido pero continuo, que causó muchas desgracias entre los habitantes pacíficos: una mujer fué hecha pedazos por una granada que la sorprendió en su cama.

Había todos los días muchos accidentes de este género, porque la población se había preparado al sitio todavía ménos que nosotros.

Me acordaré siempre de una escena espantosa de que fuí testigo en una de las calles que conducen á la Cruz.

Una batería enemiga, situada al pié del acueducto, tiraba sobre nuestros ingenieros que trabajaban á la izquierda del convento; cuando sus balas no se amortiguaban contra las obras que se elevaban, rebotaban y enfilaban la calle de que acabo de hablar, calle que yo recorría tan rápidamente como me lo permitían las patas de mi caballo.

Varias de esas pobres mujeres llamadas soldaderas, corrían á llevar de comer á sus maridos, acuartelados en el cuartel general.

De repente oigo llegar una bala como un rayo, silbando mas terriblemente que las demas, y dos de las desgraciadas mujeres caen mutiladas. Yo me acerqué. Una tenía la pierna

izquierda hecha pedazos, la otra había recibido en el hombro la misma bala que acababa de rebotar. La primera estaba sin sentido; la segunda me pidió un confesor.

Las hice trasportar, sin pérdida de tiempo, al hospital, por algunos hombres del pueblo refugiados en una casa vecina, é ignoro lo que fué de ellas.

«No es el plomo el que mata, sino el destino el que hace morir.»

Mas de una vez tuve motivo en Querétaro para asegurarme de esta verdad.

El oficial pagador del batallón de Iturbide fué herido gravemente en su cuarto, situado en el centro de la ciudad, mientras hacia un estado. Nunca se pudo adivinar cómo había podido llegar hasta él la bala que le tocó.

El Emperador tenía la costumbre de pasearse todos los días, como á las cuatro de la tarde, en la plaza de la Cruz, con algunas personas á quienes honraba con su confianza.

Los republicanos lo supieron sin duda por sus espías, porque varias veces, y á dicha hora, lanzaron á aquel lugar una gran cantidad de proyectiles. Se obligó al Emperador á cambiar el lugar y la hora de sus paseos.

Otra vez, el Emperador subía á la azotea mas elevada de la Cruz para observar un movimiento de los republicanos. El brillo de los uniformes de su estado mayor llamó sin duda la atención de los artilleros sitiadores, porque abrieron inmediatamente el fuego sobre él. Una bala fué á caer á su lado y se embutió en una pared á algunas líneas de la cabeza del coronel López, que por nuestra desgracia no murió aquel día.

En aquellas ocasiones el Emperador manifestaba una dignidad de que no se puede uno formar idea. Por cerca de él que pasaran los proyectiles, jamás apresuró el paso, jamás hizo uno de esos movimientos instintivos que hacen se incline uno del lado opuesto á aquel de donde la muerte viene.

Al coronel de estado mayor Loaiza, ménos afortunado que López, una bala le mutiló ambos piés. No pudo resistir la amputacion, y la gangrena le mató al cabo de dos dias.

Algunos dias despues el general Arellano mandó llevar al centro de la Cruz un obús de mucho calibre tomado á los republicanos en la salida del 27 de Abril, y en el cual habia escrito: «La Tempestad.»—«Ultima razon de las naciones.»

Un peloton de mi batería fué llamado para servirla.

Miramón llegó, y se puso de acuerdo con el general Arellano, designando al Noreste, en la vertiente de una montaña, una tienda sobre la cual flotaba una pequeña bandera.

—«De manera, decia el general Arellano, que estás bien seguro de que esa es la tienda de Escobedo.»

—Ella es, estoy cierto, respondia Miramón; mis informes son buenos, y si pudieras distinguir los colores de la bandera que tiene encima, lo verias por tí mismo.»

Entónces el general Arellano mandó apuntar hácia el lugar indicado; despues de algunos tiros, nuestro obús, dirigido por el capitán D. Antonio Salgado, enviaba sus proyectiles al cuartel general de los sitiadores.

Las baterías republicanas no nos veian, es cierto, pero calculando nuestra posicion por el humo blanco que se elevaba del jardín y tirando por elevacion, nos contestaron con una cantidad tal de proyectiles de toda especie, que se habria dicho que era una lluvia de aerólitos.

Una mula fué alcanzada por una bala que le entró por un muslo y le salió por el cráneo, arrebátandola, ó mejor dicho, arrojándola contra una pared. El pobre animal volvió á caer patas arriba, literalmente partido en dos.

La batería del acueducto nos disparaba balas de grueso calibre cuyo terrible silbido y cuya buena direccion oprimian el corazon de los mas valientes. Creí que habia sonado mi últi-

ma hora. Entónces, sobre todo, fué cuando tuve ocasion de admirar á Miramón: se habia colocado sobre un montículo de piedras, y observaba nuestro tiro con serenidad.

Pero continuar el fuego era tentar demasiado á la suerte; el general Arellano le mandó suspender.

Se comenzó de nuevo al dia siguiente con buen éxito, porque vímos retirarse las tiendas que suponiamos abrigaban al cuartel general enemigo, á una distancia considerable de su primer puesto, para ponerse fuera de nuestro alcance.

Mas tarde, estando prisionero, supe que, en efecto, Escobedo y su estado mayor, sorprendidos y amenazados por nuestras granadas, habian montado á caballo y se habian ido.

El 10 de Mayo tuvo lugar una distribucion de recompensas, hecha con cierta pompa militar en el palacio municipal de Querétaro. Gracias al general Arellano, la artillería no fué olvidada esta vez.

Propuesto para la cruz de Guadalupe, tuve la insigne honra de recibirla de manos del Emperador. Al ponerme la cinta en el pecho me dijo con bondad:

«—Ya no tenemos cruces; pero cuando llegue el general Márquez venid á verme, y os daré una yo mismo.»

En México, el general Márquez distribuyó, segun dicen, esa especie de recompensas con demasiada profusion; pero en Querétaro, el Emperador Maximiliano las dió con mayor razon y parsimonia.

Queriendo aprovecharme de algunas horas de licencia que me concedió el comandante Salgado para festejar mi nuevo título, fuí á la ciudad con un oficial del batallon del Emperador, que se hallaba en el mismo caso que yo.

Invitamos á algunos amigos á casa de un fondista frances (los hay en Querétaro como en todas partes).

Llamando aparte al patron, le declaramos que la carne de

caballo era cierto que nada tenia de desagradable; pero que, en atencion á las circunstancias, queriamos algo que fuese mas digno de nuestros convidados.

Prometi6, mediante un precio exorbitante, satisfacernos plenamente, y pocos momentos despues trajo un trozo de cabrito en una salsa desconocida, todo de un sabor extraño.

Un teniente de húsares austriacos, gastr6nomo y fino conoedor, nos dijo que los cabritos no tenian ese gusto, y que todos los animales de esa especie que habia en la ciudad, estaban comidos y digeridos hacia mucho tiempo: lo que se nos habia servido por cabrito no era evidentemente mas que perro.

El fondista, fuertemente interpelado sobre la autenticidad de su cabrito, se traicion6 con palabras ambiguas y embarazosas. A pesar de eso, ayudando el apetito, nos hicimos superiores á ridículas preocupaciones, y nos ocupábamnos en continuar nuestra comida, cuando un camarada no invitado, y envidioso sin duda al vernos comer tan bien, nos declaró con mucha conviccion que aquella carne debia ser muy dañosa, por cuanto á que provenia de esa multitud de perros vagamundos que siguen de ordinario á las tropas mexicanas, y que en aquel momento de hambre vivian devorando las carroñas abandonadas entre las líneas.

Estas palabras produjeron una reaccion violenta en el apetito de algunos de nuestros convidados, que acabaron por hacer gestos. Sin embargo, yo creí advertir que mi último interlocutor dirigia miradas envidiosas al plato que, á lo que decia, parecia desdeñar tanto.

Antes de volver á la Cruz fuí á ver al teniente coronel Ceballos, del batallon del Emperador, herido gravemente el 3 de Mayo, y que se decia que estaba muy mal.

Encontré al general Mendez á la cabecera del herido, á cuyo lado ardia un cirio llevado por piadosas manos.

Por el enérgico semblante abronzado del general Mendez corrian lágrimas silenciosas; comprendí al momento: el teniente coronel Ceballos acababa de rendir su hermosa alma. Ceballos era adorado por sus soldados y querido por todos los oficiales; antiguo alumno del Colegio militar de Chapultepec, habia ganado sus grados con la punta de su espada. El general Mendez le queria como á un hermano.

Ceballos, todavía jóven, era un hermoso tipo militar, y reunia al honor del oficial el valor del soldado y la probidad del administrador. Desde el principio de su bella carrera profesaba hácia el general Mendez una amistad á la que solo igualaba su adhesion.

Habia dejado en Morelia una novia, jóven distinguida á quien adoraba en silencio y de la que era digno.

Hácia el fin del sitio, las heridas se agangrenaban muy pronto. El aire viciado y el extremo calor hacian sus curaciones muy difíciles. El tifo llegó á aumentar el número de nuestros males. El hambre, sobre todo, llegó á ser intolerable. Mi asistente murió de tifo; todas las mañanas le enviaba á la ciudad con un poco de dinero, y solia encontrarme algunas mequinas provisiones, que eran esperadas con impaciencia hasta la noche; pero al fin yo comia casi regularmente, y muchos de mis camaradas no podian hacer otro tanto.

Despues de la muerte de este bravo muchacho, le dí un sucesor que inaugur6 sus funciones obligándome á una dieta de 36 horas. Salió una mañana muy temprano y no volvió hasta otro dia por la noche; creo que le habria perdonado si me hubiera llevado la menor cosa que devorar; pero el bribon se habia embriagado y no me traia mas que mezcal, indigno aguardiente del país. Esta conducta obtuvo la recompensa que merecia.

A mediados del mes de Mayo, el Emperador comprendió

que la situación estaba perdida. No creía, ó mejor dicho, no quería creer que el general Márquez había sido derrotado yendo en auxilio de Puebla, que estaba sitiado él también en México, y que no teníamos ya probabilidad alguna de ser auxiliados. Resolvió, pues, perecer con gloria, pero después de haber, por lo ménos, no desperdiciado medio alguno para salvar el mayor número posible de sus servidores, y eso prontamente, porque el hambre era imposible de soportar por más tiempo.

Se le habló de capitular. Mandó poner preso al que se atrevió á hacer indicaciones á este respecto. El Emperador prefería la muerte á la humillación de caer vivo en manos de los generales de Juárez.

El general Mejía ofreció al Emperador facilitar una salida proyectada, levantando y armando rápidamente á los hombres del pueblo, que á sus órdenes defenderían una parte de nuestros puntos fortificados, mientras que el Emperador y los demás generales harían, con las tropas que quedarían disponibles, una vigorosa y última tentativa.

Esta proposición fué aceptada en el acto por el Emperador; pero á pesar de su inmensa influencia sobre la población, el general Mejía no pudo reunir más que algunos centenares de hombres. El desaliento era demasiado grande. Se perdieron tres días.

Vivamente contrariado por este retardo, y dudando cada vez ménos de la derrota sufrida por el general Márquez, el Emperador resolvió intentar una salida general á pesar de todo, y confió á Miramón la misión de escoger el punto más propicio á su objeto en atención á los pocos elementos que quedaban.

El 14 de Mayo el Emperador reunió en un consejo de guerra á los generales Miramón, Mejía, Castillo y Arellano. Se discutió y se resolvió la salida. Solo Miramón sabía cuál era

el punto por donde habíamos de partir, y debía, conforme lo deseaba, abandonar la plaza el último.

## VIII

Causas de la traición del coronel López.—La noche del 14 al 15 de Mayo.—Traición del coronel López.—Incidentes extraños.—¡Prisionero!—Los republicanos, conducidos por López, penetran silenciosamente en el convento de la Cruz.—Me llevan á Pateo.

En los momentos de peligro que preceden de cerca la caída de una monarquía, como cuando el naufragio de un buque, el egoísmo, el interés privado y el espíritu de conservación hacen nacer muy pronto la desobediencia y después la defección. Muchos buscan la salvación, que desesperan de encontrar en esfuerzos colectivos, por medio de esfuerzos particulares, sacrificando, si necesario es, á sus compañeros y á sus jefes.

Tal fué el verdadero origen de esas traiciones que precedieron á los cien días, y cuya vergüenza trataron de hacerse perdonar sus autores después del desembarco de Napoleón en Cannes para renovarlas de una manera más indigna aún después de Waterloo.

Era, pues, natural que el Emperador Maximiliano encontrase algún traidor en una situación tan desesperada como la nuestra. En efecto, hubo un miserable que empañó la gloria adquirida por sus compañeros á costa de tantos sacrificios y sufrimientos.

Este miserable, universalmente conocido, es el coronel López, protegido del Emperador, y cuya ingratitude é infamia no deben resaltar sobre ninguno de los defensores de Querétaro. El coronel López había entrado en relaciones con el enemigo